

L.:., P.:., D.:.

Reinó un silencio de algunos minutos, mientras que el desconocido estuvo como reuniendo todas sus ideas: luego al cabo de un instante:

— Señores, dijo, podéis dejar las espadas que fatigan inútilmente vuestros brazos, y prestarme oído atento, porque es mucho lo que tenéis que saber por las pocas palabras que voy á dirigiros.

La asamblea redobló la atención.

— El nacimiento de los grandes ríos casi siempre es divino, y por eso no es conocido; como el Nilo, como el Ganges y el Amazona, sé á dónde voy, pero ignoro de dónde vengo. Lo único que recuerdo es que el día en que los ojos de mi alma se abrieron á la percepción de los objetos exteriores, me hallé en Medina, ciudad santa, corriendo á través de los jardines del muphti Salaaym. Este era un anciano respetable á quien yo amaba como á mi padre, y que sin embargo no era mi padre; porque, si bien me miraba con ternura, hablábame con respeto. Tres veces al día se separaba para dejar llegarse á mí otro anciano, cuyo nombre no pronuncié jamás sin una gratitud mezclada de espanto; aquel venerable anciano, augusto depósito de todas las ciencias humanas, instruído por los siete espíritus superiores en todo lo que aprenden los ángeles para comprender á Dios, se llama Althotas; fué mi ayo,

mi maestro, y es aun mi amigo, amigo venerable, porque tiene doble edad del más viejo de vosotros.

Este lenguaje solemne, los ademanes majestuosos, el acento lleno de unción y severidad á la vez, produjeron en la asamblea una de esas impresiones que se expresan por largos estremecimientos de ansiedad.

El viajero continuó:

— Cuando llegué á los quince años, estaba ya iniciado en los principales misterios de la naturaleza. Sabía la botánica, no esa ciencia reducida que cada sabio circunscribe al estudio del rincón del mundo que habita, sino que conocía las sesenta mil familias de plantas que vegetan en todo el universo. Sabía, cuando mi maestro me forzaba á ello imponiéndome las manos sobre la frente y haciendo descender á mis ojos cerrados un rayo de luz celeste, sabía, por una contemplación casi sobrenatural, sumergir mis miradas en las olas de los mares, y clasificar esas monstruosas é indescriptibles vegetaciones que flotan y se balancean sordamente entre dos capas de agua cenagosa, y cubren con sus gigantescas ramas la cuna de todos los monstruos repugnantes y casi informes jamás vistos por el ojo del hombre, y que Dios debe haber olvidado desde el día en que los ángeles rebeldes forzarón á crearlos, vencido por un instante su poder.

Además, me había dedicado á las lenguas muertas y vivas. Conocía todos los idiomas que se hablan desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Magallanes. Descifraba los misteriosos jeroglíficos en esos libros de granito llamados las pirámides. Abarcaba todos los conocimientos humanos desde Sanchoniaton hasta Sócrates, desde Moisés hasta S. Jerónimo, desde Zoroastro hasta Agripa.

Había estudiado la medicina, no sólo en Hipócrates, Galeno y Averroes, sino también en ese gran maestro

llamado la naturaleza. Había sorprendido los secretos de los cophtos y los drusos. Había recogido las semillas fatales y las semillas felices. Cuando el simoun y el huracán pasaban sobre mi cabeza, podía entregar á su soplo semillas desconocidas que llevaban lejos de mí la muerte ó la vida, según yo había condenado ó bendecido la comarca hacia que volvía mi cara airada ó risueña.

En medio de esos estudios, de esos trabajos y viajes, llegué á los veintiún años.

Un día vino á verme mi maestro en la gruta de mármol adonde me retiraba durante los grandes calores del día. Su rostro estaba á la vez austero y risueño... Traía en la mano un frasco.

— Acharat, me dijo, siempre he dicho que nada nacía ni moría en el mundo; que la cuna y el sepulcro eran hermanos; que sólo le faltaba al hombre, para ver claro en las existencias pasadas, aquesa lucidez que le hará igual á Dios, puesto que desde el día en que la haya adquirido, se sentirá inmortal como Dios. ¡Y bien! he hallado el brebaje que disipa las tinieblas, mientras que debo hallar el que aleja la muerte. Acharat, he bebido ayer lo que falta de este frasco; bebe tú el resto hoy.

Tenía una gran confianza, una veneración suprema en mi digno maestro, y sin embargo, tembló mi mano al tocar el frasquito que me presentaba Althotas, cual debió temblar la mano de Adán al tocar la manzana que le presentaba Eva.

— Bebe, me dijo sonriendo. Y bebí
Entonces me impuso las manos sobre la cabeza, como acostumbraba hacerlo cuando quería momentáneamente dotarme de la doble vista.

— Duerme, me dijo, y acuérdate.
Me dormí al instante. Soñé entonces que estaba

echado sobre una pira de palo de sándalo y áloes; un ángel que pasaba, llevando del Oriente al Occidente la voluntad del Señor, tocó á mi pira con la punta del ala y se encendió. Pero, ¡cosa extraña! en lugar de conmoverme por el temor, en vez de temer aquella llama, me extendí voluptuosamente en medio de las lenguas ardientes, como hace el fénix que renace del principio de toda vida.

Entonces desapareció toda mi parte material y quedó sola el alma, conservando la forma del cuerpo, pero transparente, impalpable, más ligera que la atmósfera en que vivimos, y sobre la que se eleva. Entonces, como Pitágoras que recordaba haber estado en el sitio de Troya, me acordé de las treinta y dos existencias que había vivido ya. Vi pasar ante mis ojos los siglos, como una serie de grandes viejos. Reconocíme bajo los diferentes nombres que había tenido desde mi primer nacimiento hasta el de mi última muerte, porque, lo sabéis, hermanos míos (y este es de uno de los puntos más positivos de nuestra creencia), las almas, esas innumerables emanaciones de la divinidad que á cada uno de sus soplos se desprenden del pecho de Dios, las almas llenan el aire, se distribuyen en una numerosa jerarquía, desde las almas sublimes hasta las inferiores, y el hombre, que desde la hora de su nacimiento aspira, tal vez por casualidad, una de esas almas preexistentes, la devuelve á la hora de su muerte á una carrera nueva y á sucesivas trasformaciones.

El que así hablaba, tenía un acento tal de convicción, era tan sublime la mirada con que sus ojos se levantaban al cielo, que al llegar á este período de su pensamiento que resumía toda su esencia, fué interrumpido por un murmullo de admiración. Al asombro sucedía la admiración, como á ésta había sucedido la cólera.

— Cuando desperté, continuó el iluminado, sentí que era más que hombre; comprendí que era casi un Dios.

Entonces resolví consagrar no sólo mi existencia actual, sino todas las existencias que me restan por vivir, á la dicha de la humanidad.

Al día siguiente, volvió Althotas, como si hubiera adivinado mi proyecto, y me dijo:

— Hijo mío, veinte años hace que expiró tu madre al darte á luz, veinte años hace que un obstáculo invencible impide á tu ilustre padre presentársete; vamos á emprender de nuevo nuestros viajes: tu padre se hallará entre los que encontremos, te abrazará, pero ignorarás quién te ha abrazado.

Así, en mí, como en los elegidos del Señor, todo debía ser misterioso: pasado, presente, futuro.

Despedíme del muphti Salaaym, que me dió su bendición y me colmó de presentes; y después nos incorporamos á una caravana que se dirigía á Suez.

Perdonad, señores, si me conmuevo á este recuerdo. Un día, me abrazó un hombre venerable, y no sé qué extraño estremecimiento agitó todo mi ser cuando sentí latir su corazón. Era el scherif de la Meca, príncipe muy magnífico é ilustre. Había asistido á cien batallas y con un ademán de su brazo doblaba las cabezas de tres millones de hombres. Althotas se separó para no conmoverse, tal vez para no descubrirse, y continuamos nuestro camino.

Penetramos en el centro del Asia; remontamos el Tigris; visitamos Palmira, Smirna, Constantinopla, Viena, Berlín, Dresde, Moscow, Stockolmo, Petersburgo, Nueva York, Buenos Aires, el Cabo, Aden; después, volviendo casi al punto de donde habíamos salido, llegamos á la Abisinia, descendimos el Nilo, abordamos á Rodas, y luego á Malta; un buque había

salido al encuentro del nuestro á veinte leguas de mar, y dos caballeros de la Orden, después de saludarme á mí y abrazar á Althotas, nos condujeron en triunfo al palacio del gran maestro Pinto.

Sin duda me preguntaréis, señores, cómo era recibido el musulmán Acharat con tanto honor por aquellos mismos que juran en sus votos el exterminio de los infieles. Porque Althotas, católico y caballero también de Malta, jamás me había hablado más que de un Dios omnipotente, universal, que estableció la armonía general, con la ayuda de los ángeles sus ministros, y dió á este todo armonioso el bello y gran nombre de Cosmos. En fin, yo era teósofo.

Mis viajes estaban terminados; pero la vista de todas aquellas ciudades de variados nombres, de costumbres opuestas, no me había causado ninguna extrañeza; porque nada nuevo había para mí bajo el sol; porque en el trascurso de las treinta y dos existencias que llevaba ya vividas, había visitado las mismas ciudades; porque la única cosa que me chocó eran los cambios operados entre los hombres que las poblaban. Entonces pude abarcar con el espíritu los acontecimientos y seguir la marcha de la humanidad. Ví que todos los espíritus tendían al progreso, y que el progreso tendía á la libertad. Ví que todos los profetas aparecidos sucesivamente, habían sido suscitados por el Señor para fortalecer la marcha vacilante de la humanidad, que, partiendo á ciegas de su cuna, da en cada siglo un paso hacia la luz. Los siglos son los días de los pueblos.

Entonces me dije que no se me habían revelado tantas cosas sublimes, para sepultarlas en mí mismo; que en vano la montaña encerraba sus filones de oro, y el Océano sus perlas; porque el minero obstinado penetra en las entrañas de la montaña, y el buzo

desciende al fondo del Océano, y más valía, en vez de imitar al Océano y á la montaña, hacer como el sol; es decir, derramar mis resplandores por todo el mundo.

Ahora comprenderéis, que si vengo de Oriente no es para cumplir con simples ritos masónicos, sino para deciros: Hermanos, tomad las alas y los ojos del águila; elevaos sobre el mundo, subid conmigo á la cima de la montaña á donde Satanás llevó á Jesús, y tended la vista sobre los reinos de la tierra.

Los pueblos forman una misma falange; nacidos en diferentes épocas y en condiciones diversas, han ocupado su rango y debe llegar cada uno al fin para que fueron creados. Ellos marchan sin cesar, aunque parece que descansan; y si por casualidad vuelven atrás, no es porque retroceden, sino para tomar vuelo y salvar algún obstáculo ó remover alguna dificultad.

La Francia es la vanguardia de las naciones; ponámosle una antorcha en la mano, y aunque sea una tea, la llama que la devore será un saludable incendio que ha de iluminar el mundo.

Por eso no se halla aquí el representante de la Francia; tal vez habría retrocedido ante su misión..... hace falta un hombre que no retroceda ante nada..... yo iré á Francia.

— ¿ Iréis á Francia ? repuso el presidente.

— Sí, este es el puesto más importante... lo tomo para mí... es la obra más peligrosa... yo me encargo de ella.

— Entonces ¿ sabéis lo que pasa en Francia ? preguntó el presidente.

El iluminado se sonrió.

— Lo sé porque lo he preparado yo mismo; ocupa el trono de Francia un rey viejo, timorato, corrompido, menos viejo, menos timorato, menos corrompido

y desesperado aun que la monarquía que representa. Apenas le quedan algunos años de vida, y es preciso que dispongamos convenientemente el porvenir para el día de su muerte. La Francia es la piedra angular del edificio; que los seis millones de manos que se levantan á una señal de la Logia suprema, desarraiguen esa piedra y se desmoronará el edificio monárquico, y el día en que no haya más rey en Francia, los soberanos de Europa, los sentados con más insolencia sobre su trono, sentirán apoderarse el vértigo de su cabeza, y se lanzarán por sí mismos en el abismo abierto por la estrepitosa caída del trono de san Luis.

— Perdonad, venerabilísimo maestro, interrumpió el jefe que estaba á la derecha del presidente, y en quien, por su acento de un germanismo montañés, podía reconocerse un suizo; ¿ vuestra inteligencia lo ha calculado todo sin duda ?

— Todo, respondió lacónicamente el gran Cophto.

— Sin embargo, el muy venerable maestro me dispensará que le hable así, pues en la cima de nuestras montañas, en el fondo de nuestros valles, en las orillas de nuestros lagos, estamos habituados á hablar tan libremente como el soplo del viento y el murmullo del agua; sin embargo, lo repito, creo inoportuno el momento, porque se está preparando un grande acontecimiento al que la monarquía francesa deberá su regeneración. Yo, que tengo el honor de hablaros, venerabilísimo gran maestro, he visto á una hija de María Teresa dirigirse con gran pompa hacia la Francia para unir la sangre de diez y siete Césares á la del sucesor de sesenta y un reyes, y los pueblos se regocijan ciegame, como lo hacen siempre cuando se afloja ó dora su yugo. Lo repito, pues, en mi nombre y en el de mis hermanos; creo inoportuno el momento.

Todos se volvieron con gran recogimiento hacia el que con tanta calma y atrevimiento arrostraba el desagrado del gran maestro.

— Habla, hermano, dijo el gran Cophto sin parecer conmovido, seguiré tu opinión, si es buena. Nosotros, los elegidos de Dios, no rechazamos á nadie, ni sacrificamos el interés de todo un mundo á la susceptibilidad de nuestro amor propio.

El diputado de la Suiza prosiguió en medio de un profundo silencio :

— En mis estudios he logrado, venerabilísimo gran maestro, convencerme de una verdad; á saber, que la fisonomía de los hombres revela siempre al ojo que sabe leerlas, sus vicios y sus virtudes. El hombre arregla su rostro, dulcifica su mirada, hace sonreír sus labios; todos esos movimientos musculares están en su poder; pero el principal tipo de su carácter queda en evidencia, legible é irrefragable testimonio de lo que pasa en su corazón. Así, el tigre tiene también encantadoras sonrisas, ojeadas cariñosas; pero en su frente chata, en sus pronunciadas mejillas, en su occiput enorme y en su sanguinolento rictus, reconoceréis al tigre. El perro, por su parte, frunce las cejas, enseña los dientes, y parece rabioso; pero en su ojo dulce y franco, en su cara interesante, en su marcha obsequiosa, lo reconoceréis servicial y amistoso. Dios ha escrito en la cara de cada criatura su nombre y su cualidad. Y bien; yo he leído en la frente de la joven que debe reinar en Francia, el noble orgullo, el valor y la caridad tan tierna de las jóvenes de Alemania; he leído en la cara del joven que va á ser su esposo, la tranquila sangre fría, la mansedumbre cristiana, y el espíritu minucioso de observación. ¿Cómo un pueblo, y con especialidad ese pueblo francés que no recuerda el mal ni olvida jamás el bien que le

hacen, puesto que le han bastado Carlomagno, san Luis y Enrique IV, para salvaguardar veinte reyes cobardes y crueles; cómo un pueblo que espera siempre sin desesperar jamás, no ha de amar á una reina joven, hermosa y buena; á un rey dulce, clemente y buen administrador, después de la desastrosa y dilapidadora era de Luis XIV; después de sus orgías públicas, y sus solapadas venganzas; después del reinado de las Pompadour y las Dubarry? ¿No bendecirá la Francia á unos príncipes que serán el modelo de las virtudes que he citado, y que traerán en dote la paz europea? Ahí tenemos á la Delfina María Antonieta que va á atravesar la frontera; en Versalles se está disponiendo el altar y el lecho nupcial. ¿Es este el momento de comenzar, por la Francia y para la Francia, vuestra obra de reforma? Vuelvo á pedirlos perdón; pero he debido decir, muy venerable señor, lo que pensaba en el fondo del alma, y lo que creo debía someter á vuestra infalible sabiduría.

Á estas palabras, el que acababa de hablar, y al que el desconocido había designado con el nombre de apóstol de Zurich, se inclinó, recogiendo el lisonjero murmullo de las unánimes aprobaciones, y aguardó la respuesta del gran Cophto, quien replicó en seguida :

— Si leéis en las fisonomías, ilustrísimo hermano, yo leo en el porvenir. María Antonieta es orgullosa; se obstinará en la lucha, y perecerá bajo nuestros ataques. El delfín Luis Augusto es bueno y clemente, alojará en la lucha y perecerá como su mujer y con ella; solamente que perecerá cada uno por la virtud ó el defecto contrario. Se estiman en este momento; no les daremos tiempo para amarse, y dentro de un año se despreciarán. Además, ¿á qué deliberar, hermanos, para saber de qué lado viene la luz cuando esta me está revelada á mí? ¿cuando vengo de Oriente guiado

como los pastores por esa estrella que anuncia una segunda regeneración? Mañana daré principio á la obra, y con vuestro apoyo sólo os pido veinte años para darle cima: bastará ese tiempo como nos encaminemos unidos y fuertes al mismo término.

— ¡ Veinte años! murmuraron muchas fantasmas, ¡ mucho es!

El gran Cophto se volvió hacia los impacientes.

— Sin duda que sí, les dijo, es mucho para el que se figure que se mata un principio como se mata á un hombre con el cuchillo de Santiago Clemente ó con el cortaplumas de Damiens. ¡ Insensatos!... Verdad es que el cuchillo mata al hombre; pero, semejante al acero regenerador, corta una rama para hacer surgir otras diez del tronco, y en lugar de un cadáver real tendido en su tumba, suscita un Luis XIII, tirano estúpido; un Luis XIV, déspota inteligente; un Luis XV, ídolo regado con las lágrimas y la sangre de sus adoradores, como esas monstruosas divinidades que he visto en la India aplastar, con monótona sonrisa, á las mujeres y niños, que echaban guirnaldas bajo las ruedas de su carro. ¡ Ah! ¡ halláis que es demasiado veinte años para borrar el nombre de reyes del corazón de treinta millones de hombres, que no ha mucho ofrecían á Dios la vida de sus hijos para rescatar la del pequeño Luis XV! ¡ Creéis obra fácil el hacer odiosas á la Francia esas flores de lis que, radiosas como las estrellas del cielo, suaves como los perfumes de la flor que recuerdan, han llevado á todos los rincones del mundo por espacio de mil años, la luz, la caridad y la victoria! Ensayad, pues, hermanos, ensayad; ¡ yo no os doy veinte años, os doy un siglo!

Estáis esparcidos, temblando, ignorados unos de otros; y solo yo conozco todos vuestros nombres: solo yo gradúo vuestros valores divididos, para formar de

ellos un todo; solo yo sigo la cadena que os une por un gran nudo fraternal. ¡ Y bien! os lo digo, filósofos, economistas, ideólogos: quiero que dentro de veinte años esos principios que vosotros murmuráis en voz baja en el hogar de la familia, que escribís con inquieta vista á la sombra de vuestras viejas torres; que os confiáis unos á otros con el puñal en la mano para clavarlo en el traidor ó imprudente que repita vuestras palabras en voz más alta que la vuestra; quiero que los proclaméis en alta voz en las calles, que los imprimáis á la luz del día, que los propaguéis por toda la Europa, por medio de emisarios pacíficos, ó á la punta de las bayonetas de 500,000 soldados que se levantarán, combatientes de la libertad, con esos principios escritos en sus estandartes; quiero, en fin, que vosotros, que tembláis al nombre de la torre de Londres; vosotros, al nombre de los calabozos de la Inquisición; yo al nombre de esa Bastilla que voy á arrostrar; quiero que nos riamos de lástima al hallar las ruinas de esas espantosas prisiones en las que danzarán vuestras mujeres y vuestros hijos. Y bien; todo eso no puede hacerse hasta después de la muerte, no del monarca sino de la monarquía; hasta después del desprecio de los poderes religiosos, después del olvido completo de toda inferioridad social; en fin, después de la extinción de las castas aristocráticas y la repartición de los bienes señoriales. Pido veinte años para destruir un mundo viejo y reconstruir otro nuevo; veinte años, es decir veinte segundos de la eternidad. ¡ Y decís que es demasiado!

Un prolongado murmullo de admiración y asentimiento sucedió al discurso del sombrío profeta. Era evidente que se había conquistado todas las simpatías de aquellos misteriosos mandatarios del pensamiento europeo.

— Ahora, hermanos, que yo me consagro á esta obra; ahora que voy á atacar al león en su cueva; ahora que voy á exponer mi vida por la libertad del mundo, ¿qué haréis por el triunfo de la causa á que hemos consagrado nuestra vida, nuestra fortuna y libertad? Decid, ¿qué haréis? He ahí lo que he venido á preguntaros.

Un silencio, espantoso por su mucha solemnidad, sucedió á estas palabras; no se veía en la sombría sala más que fantasmas inmóviles, absortas en el pensamiento austero que debía desquiciar veinte tronos.

Destacáronse de los grupos los seis jefes, y al cabo de algunos minutos de deliberación volvieron hacia el jefe supremo.

El primero que habló fué el presidente.

— Yo, dijo, representante de la Suecia, ofrezco en su nombre para derribar el trono de Vasa, los minadores que han levantado el trono de Vasa, y además cien mil escudos de oro.

El gran Cophto sacó su librito de memoria é inscribió en él la oferta que acababan de hacerle.

— Yo, dijo el enviado de las sociedades irlandesa y escocesa, no puedo prometer nada en nombre de la Inglaterra, que hallaremos ardiente en combatirnos; pero en el de la pobre Irlanda, y en el de la pobre Escocia, prometo una contribución de tres mil hombres y tres mil coronas anuales.

El jefe supremo anotó esta oferta al lado de la anterior.

— ¿Y vos? preguntó á un tercer jefe.

— Yo, respondió éste, cuyo vigor y ruda actividad se revelaban en la incómoda vestidura del iniciado, yo, represento la América, de la que cada piedra, cada árbol, cada gota de agua, cada gota de sangre pertenece á la revolución. Mientras tengamos oro, lo

daremos; mientras tengamos sangre, la verteremos; solamente, no podremos obrar hasta que seamos libres. Divididos, cercados, numerados como estamos, representamos una cadena gigantesca de eslabones sueltos; sería preciso que una mano poderosa soldase los dos primeros, y los otros se soldarían por sí mismos. Así, por quienes hay que comenzar, muy venerable maestro, es por nosotros. Si queréis emancipar á los franceses de la soberanía, comenzad por emanciparnos á nosotros de la dominación extranjera.

— Así se hará, respondió el gran Cophto; seréis libres los primeros, y la Francia os ayudará á ello. Dios ha dicho en todas lenguas: «Ayudaos unos á otros.» Aguardad, pues. Para vosotros, hermanos, á lo menos no será larga la espera.

Luego, se volvió al diputado de Suiza.

— Yo, le dijo éste, nada puedo prometer más que mi contribución personal. Los hijos de nuestra república son hace tiempo los aliados de la monarquía francesa, le venden su sangre desde Mariñán y Pavía, son unos deudores leales, y entregarán lo que han vendido. Por la primera vez, muy venerable gran maestro, me avergüenzo de nuestra lealtad.

— Sea, respondió el gran Cophto, nosotros venceremos sin ellos y á pesar de ellos. Á vuestra vez, diputado de España.

— Yo, dijo éste, soy pobre, y sólo puedo dar tres mil hermanos; pero cada uno de ellos contribuirá con mil reales al año. La España es un país perezoso, en que el hombre sabe dormir en un lecho de dolores, con tal que duerma.

— Bien, dijo el Cophto. ¿Y vos?

— Yo, respondió aquel á quien se dirigía, yo represento la Rusia y las logias polacas. Nuestros hermanos son ricos descontentos, ó pobres siervos consagrados á

un trabajo sin descanso, y á una muerte prematura. Nada puedo prometer en nombre de los siervos, puesto que nada poseen; pero prometo por tres mil ricos veinte luises anuales por cabeza.

Llegaron á su vez los otros diputados: cada uno representaba, ya un pequeño reino, ya un gran principado, ya un pobre estado; y cada uno hizo escribir su oferta en el librito del jefe supremo, y se obligó con juramento á cumplir lo prometido.

— Ahora, dijo el gran Cophto, la palabra de orden, simbolizada en las tres letras por que me habéis reconocido, dada ya en una parte del Universo, va á extenderse por la otra. Que cada iniciado lleve estas tres letras, no sólo en su corazón, sino sobre él, porque, Nos, soberano maestro de las logias de Oriente y Occidente, ordenamos la ruina de las flores de lis. Yo te lo ordeno, á ti, hermano de Suecia, á ti, hermano de Escocia, á ti, hermano de América, á ti, hermano de Suiza, á ti, hermano de España, y á ti, hermano de Rusia, *lilia pedibus destrue* (1).

Resonó en el fondo del antro una aclamación potente como la voz de la mar, y se escapó en ráfagas lúgubres por las gargantas de las montañas.

— Y ahora, en nombre del padre y del maestro, retiraos, dijo el jefe supremo cuando se hubo apagado el murmullo, ganad con orden los subterráneos que van á dar á las canteras del Mont-Tonnerre, y unos por el río, otros por el bosque, y los demás por el valle, dispersaos antes de rayar el alba. Aun me volveréis á ver otra vez, y será el día de nuestro triunfo.

Y terminó esta alocución con un signo masónico que sólo comprendieron los seis jefes; de suerte que per-

(1) Las tres letras L. P. D. eran en efecto la divisa de los iluminados.

manecieron al rededor del gran Cophto, después de haber desaparecido los iniciados de orden inferior.

Entonces el jefe superior llamó á parte al sueco.

— Swedenbourg, le dijo, eres verdaderamente un hombre inspirado, y Dios te da gracias por mi boca. Envía el dinero á Francia bajo las señas que yo te indicaré.

El presidente saludó con humildad y se alejó estupefacto de aquella segunda vista que había revelado su nombre al gran Cophto.

— Salud, bizarro Fairfax, continuó, sois digno hijo de vuestro abuelo. Recomendadme á la memoria de Washington la primera vez que le escribáis.

Inclinóse á su vez Fairfax y se retiró en la misma dirección de Swedenbourg.

— Ven, Pablo Jones, dijo el cophto al americano, ven, porque tu has hablado bien; ya lo esperaba de ti. Tú serás uno de los héroes de América. Estad tú y ella preparados para la primera señal.

Y el americano, temblando como bajo el soplo de un Dios, se retiró á su vez.

— Tú, Lavater, continuó el elegido, abjura las teorías, porque es preciso pasar á la práctica; no estudies lo que es el hombre, sino lo que puede ser. Vete, ¡é infelices aquellos de tus hermanos que se levanten contra nosotros, porque la cólera del pueblo será rápida y devoradora!

El diputado suizo se inclinó temblando y desapareció.

— Escúchame, Ximénez, dijo en seguida el cophto dirigiéndose al que había hablado en nombre de España. Tú eres celoso, pero desconfías. Tu país duerme, dices; pero es porque no le despiertan. Vete, Castilla es siempre la patria del Cid.

Adelantóse á su vez el último; pero no bien diera tres pasos cuando le detuvo el cophto con un ademán.

— Tú, Scieffort de Rusia, tu venderás la causa antes de un mes; pero dentro de un mes estarás muerto.

El enviado moscovita cayó de rodillas, pero el gran Cophto le levantó con un gesto de amenaza, y el condenado del porvenir salió de allí vacilante.

Entonces, estando solo el hombre singular que hemos introducido en este drama para ser su principal personaje, miró en torno suyo, y viendo vacía y silenciosa la sala de recibimiento, abotonó su levita de terciopelo negro y ojales dorados, aseguró su sombrero en la cabeza, empujó el resorte de la puerta de bronce que se había cerrado á sus espaldas; entró en los desfiladeros de la montaña, como si le fueran conocidos desde largo tiempo; y luego, cuando llegó al bosque, aunque sin guía ni luz, lo pasó como si una mano invisible lo guiara.

Cuando llegó á la otra orilla del bosque, buscó con la vista su caballo, y como no lo viese, aplicó el oído y le pareció oír un relincho lejano. Un silbido modulado de cierta manera salió entonces de la boca del viajero, y al cabo de un instante, se hubiera podido ver á Djerid correr á la sombra, fiel y obediente como un perro gozoso. El viajero se lanzó ligero sobre él, y al punto desaparecieron ambos en rápida carrera, confundidos con el sombrío brezo que se extiende entre Danenfels y la cima del Mont-Tonnerre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La tempestad

Ocho días después de la escena que acabamos de referir, á eso de las cinco de la tarde, salía de Pont-á-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz, un carruaje tirado de cuatro caballos y conducido por dos postillones. Acababa de relevar en la casa de postas y se dirigía á París, á despecho de las instancias de una posadera obsequiosa que desde el umbral de su casa acechaba á los viajeros rezagados.

No bien habían desaparecido del ángulo de la calle los cuatro caballos con la pesada máquina, cuando veinte chiquillos y diez comadres que no se habían separado del estacionado carruaje durante los cortos minutos que había tardado en relevar, entraron en sus respectivas moradas haciendo gestos y exclamaciones que revelaban en los unos una excesiva hilaridad, y en las otras una profunda admiración.

Era porque nada parecido á aquel coche había atravesado hasta entonces el puente que el buen rey Estanislao había hecho construir cincuenta años antes sobre el Mosela, para establecer comunicaciones más fáciles entre su pequeño reino y la Francia. No excep-